

Jorge Alberto Manrique

De maestros y gratitudes

Josefina Mac Gregor

A la edad de 80 años, el historiador Jorge Alberto Manrique falleció, el pasado día 2 de noviembre, en la Ciudad de México. Poco antes, durante un homenaje en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, Josefina Mac Gregor trazó una emocionada y agradecida semblanza de la faceta docente que a lo largo de las décadas desplegó el autor de Una visión del arte y de la historia.

Más odiosa es la ingratitude que cualquiera otra mácula de los vicios que suelen enseñorearse de la fragilidad del alma.¹

EDMUNDO O'GORMAN

Homenaje es una palabra con diversos significados: es un acto que se celebra en honor de una persona, como el que hoy realizamos. Homenaje también significa respeto hacia alguien. En ese sentido, hoy quiero presentar mi homenaje, mi gratitud y mi cariño al maestro Jorge Alberto Manrique.

Fue una excelente idea que además del reconocimiento organizado por el Instituto de Investigaciones Estéticas y otras instituciones, en la Facultad de Filosofía y Letras, también su casa, se nos diera la oportunidad de agradecer sus enseñanzas. El maestro ha mantenido de manera constante un estrecho compromiso con

la Facultad; como alumno primero, y después como profesor en clases de licenciatura y de posgrado, como consejero técnico y como dictaminador: siempre un universitario cabal, un universitario ejemplar.

Mis mayores me inculcaron, como privilegio, reconocer que se está en deuda con otro que le benefició. Además, presencié el devoto respeto y reconocimiento de mis maestros hacia los suyos. Así, quisiera cumplir con los votos que he hecho de ser agradecida. Es una verdadera merced que el maestro nos dé la oportunidad de darle las gracias públicamente, *y dentro de la comunidad universitaria*, por los beneficios recibidos en la cátedra, en el trato del ejercicio profesional y en el gozo de la amistad.

Estoy convencida de que este tipo de actos para honrar a quienes han dedicado sus mejores esfuerzos a la vida universitaria deberían ser una constante en los medios académicos, no con el propósito de liquidar una deuda, pues las deudas de gratitud nunca se saldan, sino, por el lado personal, como un acto de humildad, de reco-

¹ Edmundo O'Gorman, "Fantasmas en la narrativa historiográfica", Discurso pronunciado al recibir el doctorado *Honoris Causa* en Humanidades en la UIA el 4 de octubre de 1994, México, Condumex, 1992.

nocimiento por lo que hemos recibido, y por otro, el institucional, para hacer evidente que este es el modo en que la vida universitaria fructifica, pues el trabajo docente tiene el enorme mérito de trascender las realizaciones estrictamente personales para dar continuidad y sentido al ejercicio profesional. No imagino una Universidad sin profesores y alumnos, en la que, en un vaivén sin fin, los alumnos a su vez se convierten en profesores para recibir nuevos alumnos.

El maestro Eduardo Blanquel, el fraternal amigo del maestro Manrique, decía que un profesor debía investigar para mostrar en clases no sólo los avances del conocimiento sino, sobre todo, para enseñar cómo lograr esos avances. En los años setenta, cuando cursé la licenciatura, el gran temor de estos dos alumnos de Edmundo O’Gorman —sus discípulos, colegas y maestros que fueron— era que los cursos fueran tan generales que se convirtieran en cursos preparatorianos. Por ello siempre insistieron en la necesidad de impartir cursos monográficos. La riqueza de la Universidad radicaba en la libertad de cátedra y la variedad de interpretaciones en las que se podía abreviar para que cada uno de los alumnos eligiera el camino que más le satisficiera intelectualmente. Sólo a través del curso monográfico el alumno podía observar *cómo trabajaba un profesor*, es decir, su rigor metodológico, el manejo de fuentes, la solidez de sus explicaciones.

Sin embargo, el inolvidable maestro Blanquel impartía por lo general materias obligatorias, y el maestro Manrique, optativas, en ese tiempo: Reforma y Contrarreforma y Arte Colonial. En cualquier ambiente académico contar con un historiador inteligente, comprometido y bien documentado es una gran riqueza, pero que además sea creativo como profesor, como lo es el maestro Manrique, es un don de valor inapreciable.

¿Qué tenían de peculiares sus cursos? Primero, cambiaban de tema semestre a semestre; luego, que los preparaba con mucha dedicación, *atendiendo seguramente* sus investigaciones, pero siempre *pensando en los alumnos*. Así, sólo por recordar una de sus propuestas, en uno de esos semestres, el curso general era Reforma y Contrarreforma, y los alumnos debían estudiarlo en su parte fáctica, en los manuales, lo que se constataba con un examen tradicional de preguntas directas. Sin embargo, el tema específico que se desarrollaba en clase era el Mannerismo, y los análisis que se hacían debían acompañarse de la lectura de tres libros y sus respectivas reseñas. Al final, había que realizar un examen temático y entregar también un trabajo de reflexión sobre alguna de las proposiciones del curso, a elección del estudiante. Así, estaban cubiertos todos los frentes: información, análisis, reflexión, creatividad. ¿Qué caracterizaba a estos cursos? *Sólo el trabajo del profesor y el trabajo de los alumnos. El convenio fundamental de la docencia.*



Jorge Alberto Manrique



En un tiempo lejano, homenaje significó un juramento de fidelidad. Me gustaría que este homenaje fuera un juramento de fidelidad, un compromiso por seguir los pasos de un gran universitario, como lo fue Jorge Alberto Manrique.

En el tema que desarrollaba el maestro podíamos apreciar cómo un historicista —como este grupo de historiadores gustaba presentarse sin tapujos— elaboraba preguntas muy críticas —ahora a esto se le llama problematizar la historia— sobre las cuales el profesor iba documentando y argumentando hasta llegar al momento de la explicación, la “revelación”, como diría don Edmundo. Este desarrollo iba de la mano de la investigación que el propio profesor estaba realizando o acababa de realizar. No se trataba de mostrar los resultados de otros sino los propios. No era casual que el curso que tomamos en 1973 abordara ese tema específico del Manierismo, pues él ya había publicado en 1971 un artículo titulado: “Reflexión sobre el Manierismo de México”,² y publicaría después, en 1976, otro llamado: “El Manierismo en Nueva España: letras y artes”.³

Quiero destacar que, al lado del rigor del curso, había otra característica muy importante, la del impulso al ejercicio crítico en libertad. Estoy convencida de que el maestro Manrique intentaba que el alumno perdiera el miedo a decir lo que pensaba, siempre y cuando “fuera razonable” (y cito textualmente).

Con lo anterior, quiero destacar la vocación, compromiso docente y la preocupación por los alumnos del maestro Manrique porque expresa la claridad con la que él ha percibido los problemas fundamentales de la formación del historiador. Estas cualidades son tan contundentes en todo su trabajo profesional que ha sido un líder académico sin discusión, de allí que se le eligiera consejero técnico por los profesores del Colegio de Historia. En este órgano colegiado —fundamental para el buen funcionamiento de la Facultad cuando existe la representación adecuada—, como en su desempeño como investigador, como profesor, como director, como delegado al Congreso Universitario, y en cualesquiera de las otras tribunas universitarias que ha ocupado, las opiniones del maestro —aun cuando no se

coincida plenamente con ellas— dan cuenta de su profundo conocimiento de la Universidad.

Las circunstancias que actualmente vivimos nos obligan a reflexionar sobre estos vínculos y experiencias para encontrar respuestas a los problemas que enfrentamos. Muchos de los que llegamos a la Universidad hemos carecido de los antecedentes sociales y culturales suficientes como para saber con precisión qué venimos a hacer a ella. Profesores como Jorge Alberto Manrique son los únicos que pueden ayudar a *definir vocaciones y a impulsar la voluntad que remonte las deficiencias*. Nos permiten reflexionar sobre la importancia de la universidad pública, tan maltratada en los últimos tiempos y tan necesaria en países como el nuestro en los que se debe cambiar sus pobres patrones culturales por otros más ambiciosos. Considero que es la universidad pública la que puede ofrecer desinteresadamente la oportunidad de que jóvenes con voluntad y deseos de aprender puedan satisfacer sus deseos de conocimiento, acercándolos a profesores-investigadores como el maestro Manrique, ejemplos de compromiso y honestidad intelectual.

Maestro Manrique: sirva este acto de reconocimiento a su trayectoria universitaria como una pequeña muestra de gratitud, pero muy sentida, por los grandes beneficios que ha derramado entre todos los que nos preciamos de haber sido sus alumnos, beneficios que sigue derramando, pues además de los méritos de su trabajo, sigue enseñándonos, ahora, lo que es el valor y el coraje de vivir.

En un tiempo lejano, homenaje también significó un juramento de fidelidad. Me gustaría que este homenaje fuera, por parte del Colegio de Historia y la comunidad de Filosofía y Letras, un juramento de fidelidad, un compromiso por seguir los pasos de un gran universitario, como lo fue Jorge Alberto Manrique, para que esta Universidad pueda continuar cumpliendo con su responsabilidad social.

Maestro, muchas gracias por tenerlo con nosotros. **U**

² En *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, 1971, volumen X, número 40, pp. 21-42, ils.

³ *Ibidem*, 1976, volumen XIII, número 45, pp. 107-111.

Texto leído por la doctora Josefina Mac Gregor en el homenaje al doctor Jorge Alberto Manrique con motivo de sus 80 años, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras el 3 de octubre del presente año.